



COLÓN Y JUANA I. LOS VIAJES POR MAR DE LA REINA ENTRE ESPAÑA Y LOS PAÍSES BAJOS*

Miguel Á. Zalama.
Universidad de Valladolid

RESUMEN

Juana I, la a la postre heredera de los Reyes Católicos, salió de España para casarse en los Países Bajos en 1496. El viaje lo realizó por mar, en una formidable armada. Los peligros inherentes a la navegación, y el estado de guerra que se mantenía con Francia, cuyas costas había que bordear, supusieron que el almirante Cristóbal Colón realizase un informe sobre la ruta que se debía seguir. En 1504 la entonces princesa Juana volvió a realizar el mismo viaje. En ambos casos no hubo incidencias importantes. Sin embargo, en enero de 1506 la ya reina Juana junto a su esposo Felipe I el Hermoso se embarcaron en los Países Bajos rumbo a España. Colón nada tuvo que ver con esta travesía, que resultó ser un desastre. Al final tardaron en llegar a Valladolid más de seis meses, demasiado tiempo para Colón, que falleció semanas antes, pensando hasta el último momento que los nuevos reyes reconocerían sus méritos.

Palabras clave: Reina Juana I; Cristóbal Colón; viajes por mar; Reyes Católicos.

ABSTRACT

Jeanne I, queen of Castile and Aragon, left out Spain to Netherlands in 1496 to get married. The trip was by sea, with many ships. The sea, always dangerous, and the war with France, made that admiral Columbus to send some instructions about de route. In 1504, princess Jeanne yet, made the same trip again. Both, in 1496 and 1504, were without problems. But, in January 1506, queen Jeanne and his husband, the king Philippe I the Fair, left out the Netherlands to Spain, Columbus had nothing to do in this trip, which was a disaster. I took more than six months to arrive to Valladolid, too much time for the admiral, who had died a few weeks before, but he always had the hope that new kings would recognise his merits.

Key words: Queen Jeanne I; Christopher Columbus; sea voyages; Catholic Kings.

* Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia de España I+D+i HUM2007-60703 *Europa sin fronteras. Las relaciones artísticas y culturales entre España y los Países Bajos en época de Felipe el Hermoso y Juana I de Castilla*, y del Proyecto de Investigación de la Junta de Castilla y León VA073A08 *La cartografía del Nuevo Mundo en los archivos de Castilla y León*.

1. UNA INFANTA ESPAÑOLA DUQUESA DE BORGONA Y ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA

No fueron fáciles las negociaciones que llevaron a la doble boda entre los hijos de Maximiliano de Austria, Felipe y Margarita, y dos de los Reyes Católicos, el príncipe heredero Juan y la infanta Juana. Hubo que vencer todo tipo de dificultades pues había demasiados intereses e interesados en que el proyecto no llegase a buen fin. Maximiliano, aunque también contemplaba otras posibilidades¹, era favorable de cerrar una alianza familiar con la cada vez más poderosa España aislando a Francia². Además, el rey de Romanos estaba doblemente dolido con el rey galo Carlos VIII debido a que éste había disuelto unilateralmente el matrimonio, canónicamente celebrado aunque no consumado por la edad de la novia, con Margarita de Austria. Por el tratado de Arras (1483) la hija de Maximiliano, con apenas tres años, se había casado con el monarca francés y se había trasladado a vivir a Ambois. En 1491 la todavía niña había sido devuelta a su padre, lo cual era humillante. Por si fuera poco, Carlos VIII había tomado semejante decisión para poder contraer matrimonio con la duquesa Ana de Bretaña y así, atendiendo a la ley sálica, poder incorporar de forma pacífica el ducado a la corona francesa pero, antes de que se determinase llevar adelante este proyecto, Ana de Bretaña se había casado por poderes con Maximiliano, con lo que se tuvo que romper el compromiso para propiciar las nuevas nupcias³.

Desde el lado austriaco no parecía que hubiese problemas para llevar a cabo la doble boda, si bien el archiduque Felipe tenía intereses diferentes a los de su padre. Tras la muerte de María de Borgoña, Felipe el Hermoso se convirtió en duque de Borgoña, de Brabante,

conde de Flandes..., en otras palabras, príncipe de un vasto territorio que con frecuencia no compartía preocupaciones con el Imperio. De hecho, el joven duque se educó en los Países Bajos y ni siquiera llegó a aprender el idioma paterno, el alemán. Las poderosas ciudades flamencas se encargaron de poner coto a los intentos de Maximiliano por manejar los hilos entorno a su hijo y siempre prefirieron una buena relación con su poderoso vecino del sur, Francia, por lo que se entiende que no estuvieran de acuerdo con una unión de su señor con la casa real española. Por otro lado, y atendiendo al tratado de Barcelona (1493) por el que Francia devolvía a España el Rosellón y la Cerdeña, se determinaba que Carlos VIII tendría que dar su aprobación a cualquier contrato matrimonial entre España y el Imperio.

Al final el camino se allanó gracias, fundamentalmente, a los buenos oficios del embajador de los Reyes Católicos Francisco de Rojas, quien a la postre acabó representado a los príncipes españoles en las bodas por poderes con los austriacos⁴. A finales de 1495 por fin se llegó a la ratificación de lo acordado por parte de Felipe el Hermoso y Margarita de Austria⁵, y en los primeros días de enero fueron los hijos de los Reyes Católicos los que dieron su beneplácito a la unión⁶. Todos los obstáculos se habían salvado si bien en la práctica las bodas no se podían considerar realizadas mientras los contrayentes no se encontraran y recibiesen a bendición a su unión, dicho de otro modo, mientras no se produjese la consumación, pues sin este hecho los matrimonios podían disolverse sin problema como había ocurrido con el de Margarita de Austria con Carlos VIII o el de Ana de Bretaña con Maximiliano⁷. Para evitar esta posibilidad, los Reyes Católicos se mostraron decididos a que el encuentro se realizase cuanto antes y dispusieron una ingente empresa que en pocos meses llevó a la infanta Juana a los Países Bajos y retornó con la princesa Margarita.

¹ ZURITA, Jerónimo de (1580), *Historia del rey don Hernando el Cathólico. De las empresas y ligas de Italia*, I, Zaragoza, fol. 40r. y v.

² SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (1971), *Política internacional de Isabel la Católica*, IV, Valladolid, *passim*.

³ LE FUR, D. (2006), *Charles VIII*, París, pp. 46-51 y 217-224.

⁴ RODRÍGUEZ VILLA, A. (1896), «D. Francisco de Rojas, embajador de los Reyes Católicos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXVIII, pp. 180-202 y 295-339 y LÓPEZ PITA, P. (1994), «Francisco de Rojas. Embajador de los Reyes Católicos», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 15, pp. 99-157.

⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *ob. cit.*, pp. 429-430.

⁶ Archivo General de Simancas (AGS), Estado, leg. 1-II, fols. 360-363.

⁷ Los detalles de la doble boda en ZALAMA, Miguel Ángel (2009 - en prensa), *Juana I. Arte, poder y cultura en torno a una reina que no gobernó*, Madrid.

2. PREPARATIVOS PARA EL TRASLADO: LA OPCIÓN MARÍTIMA

En las capitulaciones matrimoniales se especificaba que las novias no llevarían dote y que el traslado correría a cargo de sus padres⁸. Al final también se determinó que la infanta Juana fuese la primera en trasladarse, por lo que los Reyes Católicos pusieron en marcha toda la maquinaria del Estado para que el viaje se hiciera cuanto antes, con la seguridad requerida y acorde a la importancia del personaje, que no dejaba de representar a la monarquía española. El primer aspecto que se tuvo en cuenta fue el de la seguridad, aunque condicionada por la rapidez. Evidentemente había que procurar que la empresa llegase a buen fin, y si bien el viaje se podía realizar por tierra o por mar, no había duda de que la primera posibilidad era la que ofrecía más confianza. Aventurarse a la mar siempre era un riesgo y atravesar el canal de La Mancha, con frecuencia muy peligroso, elevaba las posibilidades de naufragio. Sin embargo, navegar hacía los Países Bajos suponía invertir unos cuantos días en el trayecto, mientras que recorrer por tierra los más de mil kilómetros que desde la frontera hispano-francesa había hasta Bruselas (o Gante, o Brujas...) suponía a una comitiva principesca, rodeada de considerable parafernalia, varias semanas de camino⁹.

Seguridad, rapidez; resulta difícil saber cuál hubiese sido la opción de haberse podido elegir, mas no hubo otra posibilidad que realizar el viaje por mar. Las a menudo complicadas relaciones con Francia, deterioradas como consecuencia de la intervención de Carlos VIII en Nápoles, empresa a la que se opusieron buena parte de los mandatarios occidentales, entre ellos los Reyes Católicos y Maximiliano de Austria, hacía desaconsejable, si no imposible, que la infanta española, que perfectamente podría haberse convertido en rehén, atrave-

sase el territorio galo. No obstante, hacerse a la mar, además de los peligros propios de la navegación conllevaba los riesgos de un ataque francés o inglés, pues era necesario surcar aguas próximas a ambos países. En el caso de Francia era más que probable, debido al enfrentamiento que se mantenía en aquellos momentos, sin embargo con Inglaterra no había problemas, aunque no se podía descartar que Enrique VII tratara de aprovechar la ocasión para afianzar su posición ante los Reyes Católicos.

Con estas preocupaciones, y con otra si bien al margen no menos importante en el pensamiento de los monarcas hispanos, la de que su hija arribase a los Países Bajos rodeada de tal aparato que impresionara a la corte de Borgoña con el fin de demostrar el poderío de España, desde finales de 1495 se comenzó a preparar una impresionante armada en los puertos del Cantábrico¹⁰. La magnitud de la empresa fue tal que el armador bilbaíno, Juan de Arbolancha, encargado de la contratación de navíos y tripulación, no encontró suficientes en su entorno y hubo que realizar fletes en Sevilla, tarea que se encomendó al obispo Juan Rodríguez de Fonseca, en quien recaía la administración de las Indias¹¹. Se pensó en que la armada estuviese formada por al menos doce buques de guerra provistos de cuatrocientos cañones, si bien pronto el número se elevó a veintidós navíos¹².

A la vez que se proveía la armada se fijó como puerto de salida Laredo. Allí, desde principios de 1496, comenzaron a llegar los pertrechos de lo que iba a ser la mayor empresa marítima no de guerra montada en España. Además de los barcos dispuestos para la ocasión, los Reyes Católicos ordenaron que la flota de la lana, la que transportaba la materia prima castellana a los puertos del Norte, se mantuviese anclada hasta que no saliese la de la infanta. Eran unos sesenta navíos de los que al

⁸ AGS, Patronato Real (PR), leg. 56, fol. 2.

⁹ Más de dos meses y medio llevó a Felipe el Hermoso y Juana de Castilla y Aragón llegar desde Bruselas hasta la frontera española cuando se trasladaron por tierra a España para ser jurados príncipes en 1502. GACHARD, L.-P. (1876), *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas*, I, Bruselas, pp. 121-340 (Traducción española: LALAIN, A. de, «Primer viaje de Felipe el Hermoso a España en 1501», en GARCÍA MERCADAL, J. (1952), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, I, Madrid, pp. 433-548).

¹⁰ LADERO QUESADA, Miguel Ángel (2003), *La armada de Flandes. Un episodio de la política naval de los Reyes Católicos (1496-1497)*, Madrid.

¹¹ Cfr. SAGARRA GAMAZO, Adelaida (2005), «Juan de Fonseca y el memorial de 1503: la creación de la Casa de Contratación», y VARELA MARCOS, J., «Fonseca, autor del primer mapa impreso de América», en SAGARRA GAMAZO, A. (coord.), *Juan Rodríguez de Fonseca: su imagen y su obra*, Valladolid, pp. 11-139 y pp. 141-162.

¹² SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. *ob. cit.*, p. 142.

menos quince superaban los doscientos toneles, con lo que la armada, según estos datos, contaría con alrededor de ochenta barcos. No obstante, al final debieron unirse más embarcaciones porque los cronistas hablan de un número superior. González de Oviedo, quien parece estuvo presente en Laredo, Andrés Bernáldez, Lorenzo de Padilla o Alonso de Santa Cruz, resaltan que eran más de cien¹³, algo que también declara, en este caso desde el lugar de llegada, el cronista de Felipe el Hermoso Jean Molinet¹⁴.

Si bien no es posible determinar con exactitud el número de barcos, en cualquier caso extraordinario, sí sabemos el coste de la empresa. Las cuentas son claras al respecto: se invirtieron alrededor de 135.000 ducados en los fletes, vituallas, tripulación y demás gastos necesarios. Se embarcaron no menos de 2.260 tripulantes, otros tantos hombres de armas, un número indeterminado de peones..., además de los miembros del séquito de la ya archiduquesa, personas que a su vez llevaban criados. Para mantener semejante comitiva fue necesario aprovisionar 552.000 kilos de bizcocho, una especie de pan sin levadura que se cocía dos veces para que aguantase durante más tiempo, 320.000 litros de vino, 10.000 huevos¹⁵..., cantidades exageradas para una empresa nunca vista, pero que a la postre resultaron escasas pues eran muchas la bocas que mantener y se invirtió más tiempo del previsto hasta que regresó.

3. COLÓN, EXPERTO NAVEGANTE

Isabel la Católica llevó en todo momento las riendas de la empresa, para lo que ordenó el traslado de la corte desde Cataluña a Almazán (Soria), donde se encontraba toda la familia real en abril de 1496. Se dispuso que al frente de la flota fuese el almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Cabrera, conde Melgar,

uno de los más importantes nobles castellanos que además era primo carnal de Fernando el Católico. Una armada de tal envergadura que llevaba a una infanta y quería presentarse en los Países Bajos deslumbrando, tenía necesariamente que ir comandada por uno de los grandes, mas esto no significaba que la dirección técnica tuviese que recaer en el personaje. Los pilotos del Cantábrico estaban más que avezados en el trayecto que se iba a realizar y en ellos caería la responsabilidad de navegar y llegar a buen puerto. No obstante, manejar más de un centenar de navíos no era algo sencillo, sobre todo porque se estaba en guerra con Francia cuyas costas había que bordear; de hecho el almirante Enríquez envió una avanzada de reconocimiento para ver si Carlos VIII estaba preparando una flota con la que interceptar a la de doña Juana, pues la reina «abía sydo ynformada que en Francia e Bretaña hazían grandes armadas»¹⁶, algo que parece que no fue tal.

Precaución ante el enemigo francés y temor al siempre peligroso canal de La Mancha llevaron a Isabel la Católica a contemplar todas las posibilidades para asegurarse un feliz final de la expedición. Las consultas a navegantes debieron ser muchas y en este proceder destaca la intervención del marino más experto que había en España, Cristóbal Colón. Conocemos el hecho por una carta fechada en Laredo el 18 de agosto de 1496, cuatro días antes de que la armada levantara anclas, en la que la soberana agradecía al almirante de las Indias las indicaciones que había realizado sobre el viaje. La carta, hoy perdida, fue dada a conocer en el siglo XIX y reproducida en un estudio sobre Juana I sin que se pueda determinar si se hizo desde el documento original¹⁷.

«Don Cristóbal Colón, mi Almirante del mar Océano e mi visorrey e gobernador de las islas de las Indias. Vi vuestra letra e la escritura e parescer vuestro para el viage de la archiduquesa, mi muy cara e amada hija, el cual es

¹³ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., *Batallas y Quinquagenas* (Ed. de J. B. de Avalle-Arce), Salamanca, 1989, p. 243; BERNÁLDEZ, A. (Cura de Los Palacios) (1962), *Memorias del reinado de los Reyes Católicos* (Ed. de M. Gómez-Moreno y J. de M. Carriazo), Madrid, p. 377; PADILLA, L. de (1846), *Crónica de Felipe I llamado el Hermoso* (Ed. de M. Salvá y P. Sainz de Baranda), CODOIN, VIII, Madrid, p. 37; SANTA CRUZ, A. de (1951), *Crónica de los Reyes Católicos*, I (Ed. de J. de M. Carriazo), Sevilla, p. 155.

¹⁴ MOLINET, J., *Chroniques*, V (Ed. de J.-A. Buchon) (1828), *Collection des Chroniques Nationales Françaises*, XLVII, Paris, p. 61.

¹⁵ LADERO QUESADA, M. Á., (2003)

¹⁶ AGS, Contaduría Mayor de Cuentas (CMC), 1.^a época, leg. 1, s. f.; LADERO QUESADA, M. Á., (2003), p. 32.

¹⁷ FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Manuel (1829), *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, III, Madrid, pp. 507-508; RODRÍGUEZ VILLA, A. (1892), *La reina doña Juana la Loca*, Madrid, p. 414.

muy bueno e como de home sabio e que tiene mucha plática e experiencia en las cosas de la mar. Yo vos lo agradezco mucho e tengo en especial cargo e servicio, así por vuestro buen comedimiento en lo haber enviado en tiempo que sin dubda nos ha aprovechado mucho vuestro aviso e consejo como por ser cierta de la voluntad e afición con que lo decís la qual siempre se ha conosciado de vos en todas las cosas de mi servicio e así creed que se rescibe todo como de mucho especial e fiel servidor mío. De Laredo a diez y ocho de agosto de noventa y seis años. Yo la reina...».

Por los términos en que se dirige la reina al almirante, reconociendo «vuestro buen comedimiento en lo haber enviado en tiempo que sin dubda nos ha aprovechado mucho vuestro aviso e consejo», parece que se le habría solicitado el informe y el agradecimiento vendría tanto por el interés de sus opiniones como por la rapidez con que lo había hecho. En otras palabras, podríamos entender que hubo una petición de la reina a la que raudo contestó Colón, y el acuse de recibo es el documento que conocemos. Sin embargo, este proceso quizá no fuese así. Cristóbal Colón había llegado a Cádiz de retorno de su segundo viaje a Indias el 11 de junio de 1496. En aquel momento los Reyes Católicos estaban en Almazán, por lo que tuvieron que pasar varios días hasta que recibieran la noticia del ataque de la carabela la Niña, en la que regresaba el descubridor. De hecho, la primera noticia que tenemos de que los monarcas supieran de la llegada de Colón es del 2 de julio, cuando le contestaron a una carta suya, que debió enviar apenas puso pie en tierra, en la que decía que iría a la corte inmediatamente: «Y pues desís que seréis acá presto, deue ser vuestra venida quando os paresciere que non os dé trabajo...»¹⁸. Es claro que se trataba de la primera respuesta de los monarcas y no hay ni una palabra respecto al inminente viaje de la infanta Juana a los Países Bajos. Podría haberse hecho la petición poco después, quizá ya por la reina pues Fernando el Católico se separó de su familia el 13 de julio para dirigirse hacia Cataluña¹⁹, desentendién-

dose de los preparativos del viaje, mas es poco probable que ocurriera así pues, o la solicitud fue inmediata a la primera comunicación, lo que no parece tener sentido ya que en ésta no se hace mención al asunto, o de lo contrario no habría sido posible expedir la carta, que llegara la misiva a manos de Colón, que éste tuviera tiempo de estudiar la ruta y que su informe se recibiera en Laredo, todo ello en aproximadamente un mes, máxime cuando el almirante residía en el otro extremo de la península Ibérica, en Sevilla²⁰.

Como Colón nada sabía del viaje de la infanta hasta después de su regreso, cabe la posibilidad de que el almirante emitiera un informe sobre la mejor ruta posible *motu proprio* o por indicación de algún personaje, como el influyente obispo Juan Rodríguez de Fonseca, al tanto de los pormenores de la armada por estar encargado de realizar algunos fletes. Fuese por iniciativa propia de Colón, fuese por encargo del obispo, a quien tuvo que dar cuentas de su expedición, lo cierto es que el marino vio en esta acción la posibilidad de ganarse de nuevo el favor de los monarcas, decepcionados con la conquista debido a que «los gastos eran muchos, los provechos eran pocos fasta entonces, la sospecha de que no avía oro era muy grande», por lo que «ovo quien fizo entender al rey e a la reina que sienpre sería muy mucho más gasto que el provecho, de manera que enbiaron por el almirante»²¹. El recibimiento en Cádiz fue frío, muy diferente del que hubo a la llegada del primer viaje, y quizá esperándolo se presentó «vestido de unas ropas de color de ábitos de fraile de sant Francisco de observancia...»²². Por más que el cura de Los Palacios, quien le acogió en su casa en Sevilla, diga que vestía así «por devoción», lo cierto, y los hechos inmediatos lo confirmarán, es que más que compungido se mostraba precavido. El informe enviado a la reina debió darle seguridad.

No sabemos qué ruta planeó Colón ni si fue la que se siguió. Sí que debió aprovechar la ocasión para resaltar todos su méritos y cono-

¹⁸ PÉREZ DE TUDELA, Juan (dir.) (1994), *Colección documental del Descubrimiento (1470-1506)*, II, Madrid, doc. 334.

¹⁹ RUMEU DE ARMAS, Antonio (1974), *Itinerario de los Reyes Católicos. 1474-1516*, Madrid, p. 227.

²⁰ Colón permaneció en Cádiz diez días tras lo cuales se trasladó a Sevilla. Se alojó en casa de Andrés Bernáldez, cura de Los Palacios, y no abandonó la ciudad hasta el 24 de julio que emprendió el camino hacia el monasterio de Guadalupe. Cfr. VARELA MARCOS, Jesús y LEÓN GUERRERO, M^a Montserrat (2003), *Itinerario de Cristóbal Colón (1451-1506)*, Valladolid, pp. 217-218.

²¹ BERNÁLDEZ, A. (Cura de Los Palacios), (1962), p. 333.

²² *Ibidem*.

cimientos, pues Isabel la Católica le tachaba de «home sabio que tiene mucha plática [práctica] e experiencia en las cosas de la mar» y resaltaba que «nos ha aprovechado mucho vuestro aviso e consejo como por ser cierta de la voluntad e afición con que lo decís la qual siempre se ha conoscido de vos en todas las cosas de mi servicio e así creed que se resçibe todo como de mucho especial e fiel servidor mío». El almirante debió sentirse pletórico al recibir la misiva, pero ya antes había empezado a mostrar su orgullo de descubridor, con el que no casaba bien el hábito franciscano. El veinte de julio comenzó a vender ciertas cantidades de oro, la primera venta alcanzó casi 700 gramos, lo que le supuso un ingreso en dinero de unos 66.500 maravedís; tres semanas después, el 12 de agosto, recién llegado a Valladolid, se desprendió de una cantidad de oro similar²³. Si la necesidad de moneda de curso corriente en Sevilla parece que fue para hacer frente a los gastos del viaje que iba a iniciar –se dirigía a Burgos, donde se preveía pronta a llegada de la corte, si bien quería pasar por el monasterio de Guadalupe para cumplir una promesa–, el dinero obtenido en Valladolid tenía como finalidad adquirir ricos vestidos –«lo dio casi todo en ropa que compró»– con los que presentarse como el gran hombre que quería ser ante los monarcas²⁴.

Colón mostró su inclinación hacia los ricos atuendos, seña inequívoca de posición social, y en esto no hay diferencia con otros personajes ni con los reyes. Del exagerado gasto en equipar a doña Juana para ir al encuentro de su esposo, más de diecisiete millones de maravedís, buena parte se invirtió en telas por las que se pagaron cantidades muy elevadas, en algún caso, como en los brocados con hilo de oro, cerca de 9.500 maravedís por cada vara²⁵. La archiduquesa Juana llevaba un vestuario esplendoroso y los miembros de su séquito, incluidas las esclavas, recibieron diversas cantidades de paños para libreas, en tal cantidad que el monto de las «sedas y otras cosas para

libreas», alcanzó «un quento e quatrocientos e ochenta e seys mill e nueve cientos e ochenta e seys maravedís...»²⁶. Colón, en términos absolutos, apenas invirtió una pequeña cantidad si la comparamos con el dispendio de Isabel la Católica en favor de su hija, mas no hay diferencia en cuanto al planteamiento: parece que el hábito sí hace al monje²⁷.

4. LA ARMADA ESPAÑOLA ARRIBA A FLANDES

Cuatro días después de que la reina agradeciese a Colón su informe sobre el viaje marítimo de su hija, la armada partió hacia los Países Bajos. Pilotaba la expedición Sancho de Bazán, nauta experimentado, y doña Juana iba en uno de los navíos de mayor tamaño, una carraca genovesa «llamada la Lomelina»²⁸. En nueve días habían salvado las costas de Bretaña y navegaban por el canal de La Mancha cuando el viento se volvió en contra y hubo que anclar las naves en las playas de Portland. Era una contrariedad aunque no extrañó demasiado pues la dificultad de cruzar el canal que separa Inglaterra del continente era más que conocida; tanto que la reina Isabel se había adelantado a esta contingencia enviando una carta a Enrique VII rogándole un trato favorable para su hija en el supuesto de que tuviese que atracar en tierra inglesa²⁹. Maniobrar en condiciones poco favorables con tantos navíos era arriesgado y al acercarse a la costa una carraca abordó a un pequeño barco que se hundió inmediatamente, si bien no parece que hubiese víctimas³⁰. Tras una breve parada de dos días, las condiciones meteorológicas mejoraron y la armada retomó su camino hacia Flandes, desembarcando en Arnemuïden, en la entonces isla de Walcheren, población en la que doña Juana se encontraba desde el 10 de septiembre, aunque parece que llegó dos días antes³¹.

²³ RUMEU DE ARMAS, Antonio (1999), «El almirante don Cristóbal Colón en la corte de los Reyes Católicos en 1497. Estancias en Valladolid, Burgos y Medina del Campo. El 'Memorial del oro' que se vendió en Castilla», *Hispania*, LIX/3, 203, pp. 857-870.

²⁴ VARELA MARCOS, J. y LEÓN GUERRERO, M^a M., (2003), pp. 24-25.

²⁵ LADERO QUESADA, M. Á., (2003), pp. 97-99.

²⁶ AGS, CMC, 1^a época, leg. 128, s. f.

²⁷ Sobre el lujo y el atesoramiento de metales preciosos, pedrería y ricas telas, incluidos tapices, cfr. ZALAMA, M. Á., *Juana I. Arte, poder y cultura... (2009 - en prensa)*

²⁸ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G., (1989), p. 243.

²⁹ AGS, PR, leg. 52, fol. 50; SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1971), pp. 605-606.

³⁰ PADILLA, L. de, (1846), p. 38.

³¹ ZURITA, J. de, (1580), I, fols. 99v.-100r.; PADILLA, L. de, 1846), pp. 38-39; AGS, CMC, 1^a época, leg. 117, s. f.

En total, incluida la parada en Inglaterra, se habían invertido en el viaje unos dieciocho días, mucho menos que si se hubiese utilizado la vía terrestre. No obstante, la travesía no había un éxito rotundo. A la pérdida de un navío frente a Portland se unió que una de las carracas, la comandada por Juan Enríquez, hermano del almirante de Castilla, debido a su calado no fue capaz de sortear los bancos de arena próximos a las costas de Zelanda y encalló. Tampoco era algo inesperado, de hecho doña Juana, como medida de precaución, fue trasladada desde la otra carraca, embarcación fiable para la travesía en mar abierto, a una «una nao vizcaína» que al ser más pequeña era más segura en aguas poco profundas. La crónica relata que se perdió «la mayor parte», con un número importante de bajas, aunque la documentación conservada no muestra una gran tragedia, al menos en vidas humanas, si bien el quebranto de enseres fue considerable por más que se allegaron charrúas para recuperar todo lo posible³².

Llevar a la infanta-archiduquesa a los Países Bajos era sólo la mitad del cometido de la armada española; se tenía que regresar con la princesa Margarita. Debía haberlo hecho en pocos días, si bien la ausencia de Felipe el Hermoso de sus territorios —estaba con su padre en Alemania— retrasó más de un mes el matrimonio y la escasa celeridad mostrada por la esposa del príncipe Juan hicieron que se acercara el invierno, época nada recomendable para emprender una travesía hasta España. La espera se hizo insoportable y la imprevisión, que llevó al hambre por falta de víveres para un periodo tan largo, a lo que hay que sumar un clima poco propicio, supuso estragos entre la tripulación. Las crónicas hablan de miles de muertos entre los españoles³³. La situación era insostenible y en España, en Burgos, se esperaba con ansiedad la llegada de Margarita de Austria, por lo que en febrero no se pudo esperar más y la armada, con importante merma de

hombres y la pérdida de al menos dos navíos, soltó amarras y desde Flessinga se dirigió al Cantábrico. El 21 de marzo de 1497 la hija de Maximiliano de Habsburgo contrajo matrimonio canónico en la catedral de Burgos con el heredero de los Reyes Católicos; Cristóbal Colón estaba allí³⁴.

5. SEGUNDO VIAJE DE JUANA I A LOS PAÍSES BAJOS

Corría el 4 de noviembre de 1501 cuando una gran comitiva salió de Bruselas con dirección a España. Juana de Castilla y Aragón se había convertido en heredera de los reinos de sus padres el año anterior al fallecer su sobrino el príncipe Miguel, y regresaba a la tierra que la vio nacer para ser reconocida princesa por las Cortes de Castilla y de Aragón. Con ella viajaba su esposo, el archiduque de Austria y duque de Borgoña Felipe el Hermoso, quien en tanto legítimo marido se convertía así mismo en príncipe. El trayecto se realizó por tierra, atravesando Francia, y la distancia, la dificultad de mover a mucha gente, las paradas, festividades u obligadas (Felipe enfermó poco antes de encontrarse con sus suegros), hicieron que desde que salieron de Bruselas no se reunieron con los Reyes Católicos en Toledo hasta el 7 de mayo del año siguiente³⁵. En el itinerario se habían invertido seis meses³⁶.

Concluidas las ceremonias de reconocimiento por las Cortes en Toledo y después en Zaragoza, Felipe el Hermoso determinó partir para sus territorios. De nuevo lo hizo por Francia, pero no llevó a su esposa consigo. Doña Juana permaneció en España, literalmente retenida por sus padres que querían estuviese en contacto con sus súbditos. Ella se negó rotundamente, pues quería regresar con su cónyuge, si bien el hecho de estar embarazada,

³² ZALAMA, Miguel Ángel (2003), *Vida cotidiana y arte en el palacio de la reina Juana I en Tordesillas*, Valladolid, (2.ª ed. revisada y aumentada), pp. 28-29.

³³ BERNÁLDEZ, A. (Cura de Los Palacios), (1962), p. 377, dice que fallecieron «más de diez mill onbres»; PADILLA, L. de, (1846), p. 41, apunta nueve mil muertos; MOLINET, J., 1828), pp. 66-67, reduce el número hasta «sept mille», y en otro momento dice que fueron «de trois à quatre mille».

³⁴ Se conoce muy poco de la estancia de Colón en Burgos, donde pasó unos ocho meses, desde septiembre de 1496 hasta el 10 de mayo del año siguiente. Cfr. VARELA MARCOS, J. y LEÓN GUERRERO, M^º M., (2003), p. 27.

³⁵ LALAING, A., (1952), pp. 434-459.

³⁶ Las razones que llevaron a Felipe el Hermoso a realizar el viaje por Francia en ZALAMA, M. Á., *Juana I. Arte, poder y cultura...* (2009-en prensa).

lo que hacía desaconsejable un largo viaje, y las promesas maternas de que tras el parto podría volver junto a Felipe el Hermoso, sosegaron momentáneamente a la ya inestable princesa, que según el humanista Pedro Mártir de Anglería «gime y no hace más que llorar» y «vive sumida en la desesperación sin proferir jamás palabras...»³⁷. El 10 de marzo de 1503, en Alcalá de Henares, la princesa dio a luz a su cuarto hijo, el futuro emperador Fernando I de Habsburgo, y apenas se recuperó de su maternidad exigió a su madre que proveyese lo necesario para partir a los Países Bajos. La reina Isabel dio largas al asunto esperando que el tiempo calmaría a su heredera. En el verano la corte se trasladó a Madrid, donde doña Juana no debió pasar mucho tiempo y pronto marchó a Medina del Campo, dispuesta a preparar su partida inmediatamente. No obstante, al margen del interés de Isabel la Católica porque su hija no abandonara España, había un grave problema: las hostilidades con los franceses continuaban y no era conveniente (acaso imposible) atravesar el territorio enemigo.

Juana insistía en partir. Ante la determinación de la princesa, doña Isabel intentó mantenerla en el castillo de La Mota, para lo que puso al frente de la fortaleza al obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Éste cumplió a rajatabla las órdenes de los monarcas e impidió que doña Juana abandonase su morada. Al verse obstaculizada en su intento de salir inmediatamente, se negó a regresar a sus aposentos y su propia madre tuvo que desplazarse desde Segovia para intentar lo imposible; la entrevista entre las dos mujeres fue muy violenta, como cuenta la propia reina, quien al final, resignada, optó por permitir la marcha de su heredera³⁸. Sin embargo, y dado que el viaje por tierra se había descartado, hubo que esperar hasta finalizar el invierno para realizar con más garantías el arriesgado periplo hasta Flandes, o en palabras de la reina: «que fuese por mar, syendo tienpo de navegar, a consejo de marineros».

Cuando la entonces infanta Juana marchó por primera vez a los Países Bajos lo hizo con

el consejo de Colón, aunque no sabemos hasta qué punto se siguió. Ahora no era posible consultar al almirante; estaba en Indias, realizando su cuarto viaje. De haber estado en España tal vez no se hubiese contado con él, primero porque ya había realizado un informe sobre el mismo trayecto más de siete años antes y, en segundo lugar, porque su prestigio había decaído sobre todo después de que en el viaje anterior fuese detenido, y aunque en diciembre de 1500 los Reyes Católicos ordenaron su puesta en libertad, no se le llamó a la corte ni hubo signo alguno de aprecio hacia su persona³⁹. No obstante, si es que en la navegación de 1496 se tuvieron en cuenta las indicaciones de Colón es probable que también se siguieran en 1504, pues se eligió hasta el mismo puerto de partida, Laredo.

Desafortunadamente no sabemos demasiado de este viaje. Por una carta de la reina Isabel a su yerno, conocemos que el primero de marzo salió de Medina del Campo con dirección al puerto del Cantábrico. La previsión es que en dos semanas estuviese a bordo, lo que implica que la flota estaba aparejada, pero sin que se puedan precisar las razones, más allá de entender que las condiciones meteorológicas no eran las mejores, la princesa estuvo en Laredo más de dos meses y hasta primeros de junio y tras una rápida travesía de sólo nueve días, desembarcado en Blankenberge, el puerto de Brujas, y desde allí sin dilación se trasladó a la corte de Bruselas⁴⁰. Juana había conseguido su propósito de regresar junto a su esposo y quizá pensó que no habría más viajes; la muerte de su madre unos meses más tarde y, como consecuencia, su entronización, trastocaron sus planes.

6. ACCIDENTADO VIAJE DE LOS REYES DE CASTILLA EN 1506

Apenas seis meses después de llegar a los Países Bajos, la reina Isabel fallecía en Medina del Campo. Era el 26 de noviembre de 1504 y

³⁷ ANGLERÍA, P. M. de, *Epistolario* (Ed. de J. López de Toro) (1955), *Documentos Inéditos para la Historia de España*, X, Madrid, pp. 35 y 48.

³⁸ El episodio es muy conocido. Cfr. GÓMEZ DE FUENSALIDA, G. (1907), *Correspondencia* (Ed. del duque de Berwick y de Alba), Madrid, pp. 195-198.

³⁹ VARELA MARCOS, J. y LEÓN GUERRERO, M^a M., (2003), p. 44.

⁴⁰ PADILLA, L. de, (1846), p. 116.

sin demora Fernando el Católico reconoció que la corona de Castilla recaía en su hija⁴¹. En realidad lo que el rey de Aragón hacía no pasaba de ser un gesto, legal pero interesado pues quería, atendiendo al testamento de su esposa, mantener la gobernación de Castilla en nombre de doña Juana. Esto llevó a un conflicto entre Fernando el Católico y su yerno, Felipe el Hermoso, que se prolongó a lo largo de un año. Al final, la poderosa nobleza castellana optó por el monarca extranjero, momento en que los soberanos, Juana, como reina propietaria, y Felipe como su legítimo esposo, se pusieron de nuevo en marcha a Castilla. Si cuando se allegaron para recibir el juramento como príncipes lo hicieron por tierra, ya reyes se decidió sortear Francia y hacerse a la mar. Había prisa por llegar a recibir el juramento de las Cortes y, además de que habían cambiado los intereses del rey-archiduque, no se contaba con recursos suficientes para mover una gran comitiva durante largo tiempo⁴². Este problema, el económico, quizá fue el más acuciante y llevó a tomar una decisión que a la postre fue un desastre: partir en el momento que la flota estuviese aparejada y eso no fue posible hasta finales del otoño de 1505, fechas en las que aventurarse a navegar era muy arriesgado.

Trataron de disuadir a Felipe el Hermoso de su determinación de partir inmediatamente, mas «no quiso esperar a la primavera»⁴³. Tras varios intentos de levar anclas en la isla de Walcheren, en Middelburg y Flessinga, donde en 1496 había arribado doña Juana, por fin las condiciones climatológicas permitieron zarpar el 10 de enero de 1506 a una flota formada por unas cuarenta naves⁴⁴. El número era inferior al que llevó a la entonces infanta, si bien la armada de una década antes incluía a los navíos comerciales que hacían la ruta de la lana entre España y Flandes; ahora, sólo se contabilizan los barcos que trasladaban al séquito y los bienes de los reyes de Castilla. Durante tres

días el viento favorable empujó a embarcaciones más allá del temido canal de La Mancha. Todo iba perfectamente cuando, de repente, el viento se paró y la calma no presagiaba nada bueno. Por la noche se desató una terrible tormenta que duró dos días y dispersó la flota. Buena parte de los navíos alcanzó el puerto de Falmouth, sin que entre ellos estuviese el de los monarcas, que acabó en la bahía de Portland, tal como cuentan dos fuentes de primera mano: un anónimo cronista que formaba parte del séquito, y el embajador de Venecia ante Felipe el Hermoso, Vincenzo Querini, que le acompañó en la travesía⁴⁵.

Cuando todo parecía perdido, en medio del temporal, el rey «descalzo y con la cabeza descubierta, estando sobre cubierta, no se lamentaba de su persona, pero decía llorando tiernamente [...] ¿qué dirá el emperador mi padre, que no tiene más hijos que yo? ¡Ay! ¿Y qué harán, mis hermosos hijos, y lo mismo todos mis buenos súbditos? [...] ¡Qué alegría tendrán mis enemigos con mi muerte!...». Se veía en las últimas y entre lágrimas y suspiros juraba a la Virgen que si se salvaba iría a sus santuarios de «Montserrat y Guadalupe, y allí en cada iglesia y ante tu imagen, ofrecer mi peso en plata»⁴⁶. A modo de salvavidas, al rey le colocaron un cuero hinchado para que pudiese flotar en caso de caer al mar (de poco le habría servido en las frías aguas), en el que escribieron su nombre por si alguien lo encontraba. En medio del pánico generalizado, pues se veían morir, en medio de las lamentaciones, arrepentimientos y votos, la reina permanecía ausente. Incluso cuando se incendió el castillo de popa, Juana I pidió que le sirvieran la comida ¡tenía más hambre que miedo!, y ni siquiera se prestó a contribuir adecuadamente en una colecta orquestada para hacer una ofrenda a la Virgen de Guadalupe, a la que sólo asistió, y eso después de pensárselo, con de medio ducado, pues no le parecía el peligro tan acuciante y

⁴¹ Al respecto cfr. RODRÍGUEZ VILLA, A. (1994), *La reina doña Juana...*; FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Juana la Loca, 1479-1555*, Palencia, ARAM, B. (2001), *La reina Juana. Gobierno, piedad y dinastía*, Madrid, ZALAMA, M. Á., *Vida cotidiana y arte...*

⁴² CAUCHIES, J. M., «Voyage d'Espagne et domaine princier: les opérations financières de Philippe le Beau dans les Pays-Bas (1505-1506)», en CONTAMINE, Ph., DUTOUR, Th. y SCHNERB, B. (eds.) (1993), *Commerce, finances et société (XI^e - XVI^e siècles)*. *Recueil de travaux d'histoire médiévale offert à M. le Professeur Henri Dubois*, París, pp. 217-244; PÉREZ-BUSTAMANTE, R., y CALDERÓN ORTEGA, J. M. (1995), *Felipe I, 1506*, Palencia, pp. 172-174.

⁴³ ZURITA, J. de, (1580), II, fol. 43v.

⁴⁴ HÖFLER, C. R. von, «Die Depeschen des Venetianischen Botschafters Vincenzo Quirino», *Archiv für Österreichische Geschichte*, 66 (1885), p. 188.

⁴⁵ «Segundo viaje de Felipe el Hermoso a España en 1506», en GARCÍA MERCADAL, J., (1952), pp. 559-560; HÖFLER, C. R. von, (1885), p. 189.

⁴⁶ «Segundo viaje de Felipe el Hermoso...», p. 563.

dijo que ella no tenía noticia de que algún rey hubiese muerto ahogado⁴⁷.

Juana I estaba enajenada y su actuación nada tenía que ver con un especial aplomo producto del análisis de la situación que no veía complicada. Lo cierto es que poco faltó para que la nao se hundiese y con ella Felipe y Juana. Por querer llegar rápidamente a España se cometió la imprudencia de embarcarse en pleno invierno y las consecuencias fueron catastróficas. Se perdieron naves, enseres, armas, vidas y mucho tiempo en reorganizar la flota. Fernando el Católico envió seis barcos a Inglaterra para traer a sus hijos, mas Felipe el Hermoso, que no quería dar la sensación de debilidad pues pugnaba con su suegro por la gobernación de Castilla, le escribió diciendo que «de nuestros nabíos no se han perdido syno quatro con muy poca gente dellos» y que no necesitaba ayuda⁴⁸. Esta carta, fechada el 22 de febrero de 1506, quiere demostrar que todo estaba controlado, pero no era así. El desastre fue de tales dimensiones que la comitiva real tuvo que permanecer tres meses en Inglaterra. Es cierto que Enrique VII vio una magnífica oportunidad para hacerse con el duque de Sufflok, Egmond de la Pole, su archienemigo y candidato al trono inglés, quien permanecía bajo custodia del Felipe el Hermoso en los Países Bajos⁴⁹, por lo que interrumpió todo lo que pudo los trabajos para reunir la flota y de nuevo hacerse a la mar hasta que Felipe el Hermoso no accedió a entregarle el prisionero, pero los daños habían sido muchos y no era fácil retomar el camino en poco tiempo.

Felipe I fue conducido a Windsor desde Portland, mientras que su esposa permanecía en el puerto. Algunos días después la reina también se allegó a la corte inglesa, donde estaba su hermana pequeña, Catalina, princesa de Gales. El encuentro entre las dos hijas de los Reyes Católicos, que no se veían desde hacía diez años, no duró más de una jornada. Inmediatamente doña Juana se trasladó a Falmouth, lugar donde se estaba reagrupando la flota borgoñona⁵⁰. Entregado el duque de Sufflok y con los barcos que se habían salvado

ya dispuestos, un nuevo contratiempo retrasó la partida. Juana I se negó a embarcar si también lo hacía una joven condesa flamenca que figuraba como una de sus damas de compañía y había ocupado el puesto de otra mujer mayor, quien por su edad no estaba apta para realizar el viaje⁵¹. Felipe el Hermoso al final consiguió que su esposa aceptase y el 23 de abril, cuando el tiempo lo permitió, la armada levó anclas. Todos estaban convencidos de «andar a sumontar a Laredo»; todos menos el círculo de privados del rey que determinaron dirigirse a La Coruña. Oficialmente se dijo que se iba allí para visitar el sepulcro del apóstol Santiago, aunque nadie creía semejante excusa⁵²; apartarse tanto del puerto de destino previsto, incluso se llegó a barajar la posibilidad de ir a desembarcar a Andalucía, tenía por finalidad alejarse lo más posible del lugar donde estuviese Fernando el Católico y así ganar tiempo para reunirse con los principales nobles de Castilla. Se trataba de conseguir su apoyo mediante dádivas, concesiones y promesas, y con ellos presentarse ante su suegro para demostrar que él era el preferido por la nobleza y por lo tanto, como a la postre ocurrió, estaba totalmente legitimado para hacerse con la gobernación de Castilla.

7. EL MAR IMPIDE A COLÓN SER RECIBIDO POR LOS MONARCAS

Apenas cuatro días tardó la flota de Felipe el Hermoso en llegar desde las costas inglesas hasta La Coruña, donde se desembarcó en la noche del 26 de abril de 1506. Fernando el Católico mostró su decepción pues quería entrevistarse cuanto antes con su hija, y para ello se dirigía a Laredo. No había especial amor paterno en el rey de Aragón; sabía que su hija estaba enajenada y en manos de sus enemigos, su yerno y su camarilla, por lo que esperaba encontrarse con ella para que, como la legítima reina que era, le confirmara gobernador de Castilla en detrimento de su esposo. Evidentemente, desde el lado Borgoñón se quería evitar el encuentro entre padre e hija e

⁴⁷ PÉREZ-BUSTAMANTE, R. y CALDERÓN ORTEGA, J. M., (1995), pp. 176-177.

⁴⁸ AGS, Cámara de Castilla-Cédulas, libro 11, fol. 51.

⁴⁹ CAUCHIES, J.-M. (2003), *Philippe le Beau. Le dernier duc de Bourgogne*, Turnhout, pp. 182-189.

⁵⁰ ZURITA, J. de, (1580), II, fol. 43v.

⁵¹ HÖFLER, C. R. von, (1885), pp. 198-200.

⁵² *Ibidem*, pp. 202-204.

incluso la reunión entre Fernando el Católico y Felipe el Hermoso, hasta que éste no estuviese seguro de contar con el apoyo de la nobleza. Hasta el 20 de junio no se celebró la entrevista entre los dos contendientes en la que Felipe el Hermoso mostró todo su poderío; se presentó con «cerca de seiscientos alemanes, muy gentiles compañeros y muy en su punto, con cien arqueros de a caballo y cien caballeros alemanes a pie, todos de su guardia»⁵³, mientras que Fernando el Católico, reconociendo su derrota, apenas llevó consigo a doscientos acompañantes, muchos montados en mulas.

Decepcionante fue para el monarca de Aragón la entrevista; tuvo que renunciar a la gobernación del reino que durante tres décadas había regido junto a su esposa, y lo hacía en favor de un extranjero. El 27 de junio, en Villafáfila (Zamora), el rey Católico firmó un documento por el que se comprometía a abandonar Castilla a cambio de compensaciones: permanecería al frente de los tres maestrazgos, Santiago, Calatrava y Alcántara, recibiría una renta de diez millones de maravedís anuales y la mitad de los ingresos provenientes de las Indias⁵⁴. Felipe I el Hermoso había ganado, pero había invertido mucho tiempo para alcanzar el triunfo; demasiado tiempo para Colón, quien se había trasladado a Valladolid, donde estaban convocados los procuradores a Cortes para reconocer a Juana I como reina propietaria de Castilla y a Felipe el Hermoso soberano en tanto que esposo legítimo.

Con las fuerzas muy mermadas, pero suficientes para viajar a lomos de una mula, Cristóbal Colón había llegado a Segovia procedente de Sevilla a finales de mayo de 1505. No era su destino la ciudad castellana, al menos no lo era en tanto que no estaba allí la corte, su meta declarada. Desde allí escribe al rey Fernando reclamando que le confirme todos sus títulos y privilegios a la vez que redacta un nuevo testamento, quizá pensando en un pronto fatal desenlace⁵⁵. Fernando el Católico gobernaba Castilla en nombre de su hija, si bien en aquellos momentos era conocida la postura de Felipe el Hermoso que exigía el poder para su

esposa (es decir, para él) y anunciaba que en breve llegaría a Castilla. Sin duda esto debió hacer reflexionar a Colón, quien expectante permaneció algunos meses en Segovia. Debió dudar de qué lado ponerse y sólo cuando parecía que el suegro y el yerno habían alcanzado un acuerdo se puso en marcha hacia Salamanca, donde estaba el soberano de Aragón. A esa ciudad llegó el 2 de noviembre, y allí asistió a la llamada concordia de Salamanca, acuerdo de gobernación entre Fernando el Católico y Felipe el Hermoso firmado el 24 de noviembre de 1505, por el que «... el rey don Fernando, y el rey don Felipe, y la reina doña Ioana, que todos tres juntos gouiernen, y administren, y en su nombre se gouiernen, y administren los reynos y señoríos de Castilla, León y Granada...»⁵⁶. Aunque la fórmula era realmente extraña, tres reyes a la vez, parecía que así se ponía fin a disputa con el reconocimiento claro de Felipe y Juana a la vez que Fernando se mantenía como gobernador perpetuo de Castilla.

Los temores a un enfrentamiento se disiparon y durante un corto periodo se instauró la calma. De hecho, el almirante consiguió que al final le pagasen las cantidades debidas de su cuarto viaje a Indias, aunque como relata Las Casas, estaba quejoso con Fernando el Católico porque no se avenía a respetar lo acordado en vida de la reina Isabel, así que cuando supo de la llegada a España de Juana I y Felipe I «recibió grande alegría, oídas las nuevas, porque se le resucitó la esperanza de alcanzar justicia, que del rey D. Hernando tenía perdida»⁵⁷. En un primer momento debió pensar en aguardar la llegada de los nuevos reyes a la ciudad, pues en Salamanca se convocaron las Cortes para el 5 de febrero de 1506. Sin embargo, la espera fue infructuosa. Felipe I y Juana I tardaron más de lo previsto en izar las velas y el viaje fue un desastre. Como no había fecha segura de la llegada, los procuradores fueron trasladados a Valladolid, donde a la postre se celebraron las Cortes, y Cristóbal Colón, con mucha dificultad, emprendió el camino hacia esa villa. El 2 de abril ya se había instalado en Valladolid, sin que se tenga noticia cierta del lugar elegido, probablemente en casa de algún amigo de cier-

⁵³ «Segundo viaje de Felipe el Hermoso...», p. 575.

⁵⁴ AGS, PR, leg. 56, fol. 29. *CODOIN*, XIV (Ed. de M. Salvá y P. Sainz de Baranda), Madrid, 1846, pp. 320-331.

⁵⁵ VARELA MARCOS, J. y LEÓN GUERRERO, M^a M., (2003) p. 65.

⁵⁶ ZURITA, J. de, (1580), II, fol. 39.

⁵⁷ LAS CASAS, B. de (1951), *Historia de las Indias*, libro II, cap. XXXVII (Ed. de A. Millares Carlo, México., II, p. 328).

ta posición⁵⁸. Desde allí envió una carta a Felipe y Juana y se dispuso a esperar su llegada. La carta, sin fecha ni lugar, recuerda a los reyes sus dotes de marino «pues que supe que vuestras altezas avían de passar acá por la mar por venirle a servir y ver la experiencia del conocimiento que con el navegar tengo», y que a pesar de estar enfermo «yo les pvedo aún seruir de seruicio que no se aya visto su igual...»⁵⁹. Aunque parece claro que Colón pensaba en un quinto viaje a Indias, no es necesario leer entre líneas para darse cuenta de que, no exento de soberbia, resaltaba que su oficio de nauta podría ser de gran valor, tal vez para que no ocurriera otro desastre como el que a punto estuvo de acabar con los reyes frente a las costas inglesas.

Esta breve carta concluye con «quien espera ser buuelto en mi honrra y estado como mis escripturas lo prometen». Quería que Juana I y Felipe I reconocieran sus títulos y privilegios, mas no hubo tiempo. Cristóbal Colón no consi-

guió nada de lo que se había propuesto. Los monarcas no llegaban y su salud empeoraba por momentos. Debió tener noticia de que se dirigirían a Valladolid desde su lugar de atraque, La Coruña, pero la lentitud de movimientos obligada por la pugna con Fernando el Católico fue insoportable para el almirante. Muy grave, el día antes de fallecer redactó un codicilo a su testamento. El 20 de mayo se produjo el óbito y su cuerpo fue enterrado en el convento de San Francisco, sito en la Plaza Mayor de Valladolid, como se recoge en una crónica de la época «El almirante Colón, que descubrió las Yndias y otras muchas tierras, murió en esta villa miércoles, víspera de la Ascensión, 20 de mayo de 506. Enterrose en la San Francisco, en la capilla de Luis de la Cerda, en la calasostra»⁶⁰. Casi dos meses después llegaron los reyes a Valladolid. Colón no tuvo fuerzas para esperar; de haberlas tenido quizá se hubiese atrevido a musitar que el viaje de 1496 transcurrió sin incidencias y si el realizado diez años más tarde fue un desastre, fue porque él no intervino.



⁵⁸ VARELA MARCOS, J. y LEÓN GUERRERO, M^a M., (2003) pp. 66-67.

⁵⁹ De la carta se hizo eco Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*, libro II, cap. XXXVII, fol. 108r. y ha sido reiteradamente publicada. Cfr. PÉREZ DE TUDELA, J. (dir.), (1994), III, doc. 785.

⁶⁰ «Extractos de los diarios de los Verdesotos de Valladolid», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXIV (1894), p. 85. Un estudio del texto en AGAPITO Y REVILLA J. (1918), *Anotaciones a los Extractos de los diarios de los Verdesotos de Valladolid*, Valladolid, pp. 85-87, y, referido a Colón, VARELA MARCOS, Jesús (2006.a), *Extracto del diario de los Verdesotos de Valladolid*, Valladolid.